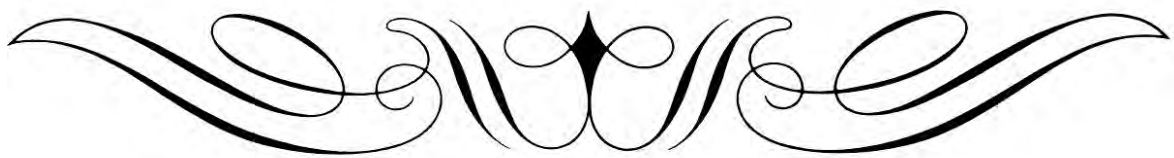
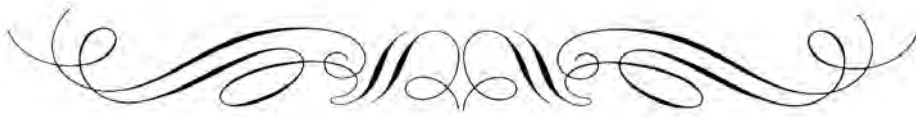


*Historia del Real
Monasterio
de
Santa Susana
de la Prápa*





Edición y revisión final del manuscrito:

Francisco R. de Pascual, oco

Revisión previa del texto transcrito:

Ana Suárez y José Alfredo Martínez

Transcriptores del texto:

Tomo I

Conchita Castilla Davó

José Manuel Sastre García

Francisco R. de Pascual, oco

M^a del Carmen Domínguez

Elena Casas Castells

Daniel Moríñigo Sánchez

Tomo II

Mari Cruz Muñoz

Luz M^a Fuentes López

Abdón Rodríguez Hervás, oco

Amparo Valbuena Mosquera, ccsb

José Manuel González

Diana Gómez Gómez, ccsb

Edison Guamán Bravo, oco

Fernanda Soriano, ccsb

Crescenta Mateo, ccsb

Isabel Gallego Toro, ccsb

Venancia Villarrubia Elebiyo, ccsb

M^a Encarnación García Herrera, ccsb



Introducción

A la Comunidad Cisterciense de Santa M^a de la Oliva, que en 1927 recibió la herencia más preciada de Santa Susana de la Trapa, y que en 2002 celebraba el 75^o aniversario de la restauración de la vida cisterciense.

En homenaje a Dom Ceferino García y al Hno. Fernando Oroza. Con sentido y fraternal agradecimiento a quienes han colaborado en la transcripción del original, en su corrección y han aportado sus sugerencias para mejorar esta edición.

A Dom Isaac Totorica, Abad de la Oliva, por el aliento y comprensión que nos ha ofrecido a todos y su firme voluntad de transmitir el legado de los hermanos de Santa Susana de la Trapa.

La edición del manuscrito de la “Historia del Real Monasterio de Santa Susana de la Trapa” salda una deuda inaplazable con el patrimonio cisterciense español. Se trata de la historia veraz y documentada del primer monasterio “Trapense” en España. Pocos documentos se encuentran en la historiografía cisterciense tan llenos de emoción, fidelidad a la documentación recopilada y exquisito gusto y amor por transmitirla a las futuras generaciones.

No hay un solo lector del manuscrito original, conservado en la Abadía de La Oliva, que no haya quedado cautivado por una fuente histórica revestida de tanta pulcritud. Y si las alabanzas son obligadas para el documento en cuestión, no hay que escatimarlas para el autor del texto.

No han sido muchos los privilegiados que han podido embeberse en páginas tan llenas de espíritu heroico, y sería un error lamentable dejar dormir en los anaqueles de una biblioteca testamento tan vital para los cistercienses españoles.

En el año 1947 Dom Ceferino García, cuarto Abad de Santa María de Viaceli, encargó al Hno. Fernando Oroza, de la misma abadía, la copia exacta del manuscrito. Este hermano, “contable y tenedor de libros” antes de ingresar en el monasterio, con una caligrafía admirable

INTRODUCCIÓN

y una paciencia benedictina, poco a poco y en la soledad de su mesa de trabajo, llevó a cabo la tarea empleando en ella siete años. Al final del III tomo dejó estampada la “firma de humildad” habitual de los trapenses. “El Copista”.

Así, pues, solamente existen dos manuscritos de la misma obra. Durante muchos años han sido mostrados como documentos “curiosos” y valiosos, desde luego; pero desde hace varios años CISTERCIUM tenía echado el ojo a tesoro tan valioso. Y ha llegado la hora de que, gracias al esfuerzo y entusiasmo de los “copistas” (informatizados) señalados a continuación de esta introducción, podamos leer con comodidad este “Libro de Gestis” tan extraordinario como lo son sus protagonistas.

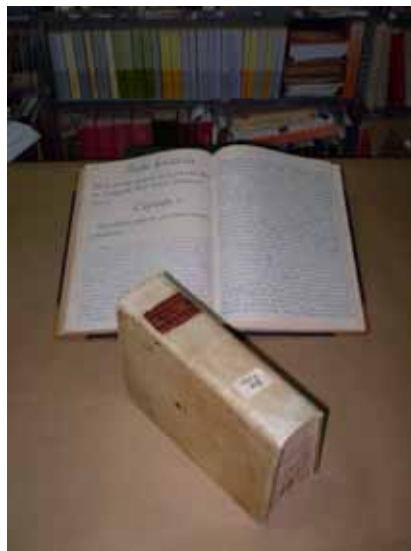
No sabemos quién fue el autor del manuscrito original. No lo escribió D. Gerásimo de Alcántara; pero como se dice en la segunda página del tomo primero, ordenó que se escribiera. Se pone su nombre para hacer más fácil la localización.

Lo que sí podemos decir es que aparecen varios nombres de “secretarios” y que muy probablemente son dos de ellos los autores de la redacción. Llama mucho la atención la excelente forma de redactar, el interés por plasmar los detalles y la secuencia exacta de los hechos.

La obra comprende tres tomos manuscritos con letra impecable y encuadernados en piel, fechados los tres el mismo año 1802. Las medidas de los tres tomos son 24,5 x 17,5. Se conservan en el archivo del Monasterio de La Oliva, en Navarra, como se ha dicho.

He aquí las características de cada uno de los tomos:

El Tomo I tiene 732 páginas numeradas + 15 de índices sin numerar. Comprende el período desde 1791, con breve repaso previo del origen del monasterio de La Trapa, hasta el 9 de abril de 1798, como se dice en la página 3 del Tomo II. Aparte de los relatos-crónica, le da un valor incalculable el tener insertos unos 60 documentos y cartas oficiales. Cuando los documentos están en latín se pone a continuación traducción castellana.



El Tomo II tiene 769 páginas + cuatro al comienzo sin numerar. Comprende el período de abril 1798 hasta enero de 1803 (en la página 724 hay fecha de una carta en Madrid a 24 enero 1803). Desde la página 724 presenta un resumen de lo sucedido en Val Santa después de salir el grupo que vino a España hasta 1802. Además de la crónica van insertas unas 170 cartas y otros documentos oficiales de esta época.

Finalmente, el Tomo III tiene 736 págs. + 40 en blanco y 4 págs. de índices. Comienza en “últimos meses de 1802” y llega hasta el 24 de septiembre de 1805. Incluye también unas 90 cartas e importantísimos documentos oficiales.

Ni qué decir tiene el valor histórico de estos tres volúmenes, no sólo para la historia del monacato cisterciense en España, sino también para el conocimiento exacto y detallado de las costumbres, normas legales y relaciones sociales que supuso el establecimiento del primer monasterio Trapense en España.

Si ya de por sí es importante el cúmulo de datos aportados, las numerosísimas gestiones realizadas con escrupulosidad, y la descripción geográfica de los enclaves, lo es mucho más por las lecciones que estos monjes ofrecen desde esta crónica: sus vidas, sus dificultades, su perseverancia y su esperanza de legar a sus sucesores –no sin antes pasar ellos por indecibles penurias y dificultades- un futuro próspero y una vida monástica plena de bendiciones. Junto a numerosísimas cartas y documentos fielmente transcritos, aparecen relatos edificantes de la vida y muerte de los monjes; en suma, lecciones inapreciables de valores monásticos y cistercienses nada desdeñables hoy día.

En un tiempo en que la “cultura” monástica no era muy amplia, estos hombres recogieron las flores más preciadas del “carisma cisterciense”: desde el amor al lugar y la perseverancia en hacer de cada monasterio un lugar de oración y alabanza, hasta la fidelidad en saber describir y escribir los relatos fundacionales más vitales.

Todo el manuscrito es una obra de taracea y se recorren con gusto sus páginas, pues la sabia mano del amanuense secretario de turno ha sabido alternar documentos y relatos para hacernos agradable la lectura, a la par de poner sumo empeño en no omitir nada que pudiera desdeñar su trabajo.

La rapidez y exactitud con que los copistas que mencionamos en las primeras páginas han respondido al trabajo encomendado y aceptado introducirlo en sus ordenadores es una prueba del gusto y alegría manifestados en su trabajo. Es de esperar que el lector interesado en estas páginas empiece y prosiga su tarea también con gusto y alegría. Y esto es lo que cabe esperar de quienes hacemos posible esta edición. De hecho hemos respetado al máximo el texto, pudiendo decir que lo ha sido en su total integridad. Únicamente hemos modificado los signos de puntuación, muy pocas palabras y alguna que otra cuestión de hipérbaton, con el único fin de facilitar lo más posible la lectura; pero sin privar en modo alguno al texto original de su encanto, belleza e ingenuidad.

No quedaría completa esta introducción si no dedicáramos unas palabras a Dom Gerásimo de Alcántara Dubois de Tiennes, nacido en Mons (Flandes), el 9 de mayo de 1760, y fallecido en Maella (Zaragoza) el 1º de noviembre de 1804. Fue fundador y primer Abad de la Trapa de Santa Susana.

Nacido en Mons (Bélgica), como se ha dicho, era hijo de D. Francisco José de Alcántara, español y antiguo guardia de corps y de origen extremeño; y su madre Doña María Francisca Dubois de Fiennes, era persona noble de los Países Bajos.

Recibió en el bautismo los nombres de Pedro, José y Octavio, y durante su infancia adquirió una esmerada educación, frecuentando los mejores colegios en Bruselas, Amberes y Lovaina, donde obtuvo una cultura respetable. Al mismo tiempo procuraron que la formación cristiana estuviera acorde con la formación científica. Fruto de la misma fue haberse dado cuenta pronto de los graves peligros que acechaban a los jóvenes en un mundo donde lo que más abundaba no eran precisamente los buenos ejemplos, al menos en los ambientes en que por la ocupación de su padre se veía.

Llevado de ese afán de progresar siempre en los valores recibidos, se decidió muy pronto a alejarse de la vida mundana y de sociedad refinada en la que se hallaba, buscando cobijo en un monasterio benedictino, donde ingresó y recibió el hábito de novicio, perseverando allí por espacio de dos años; pero habiendo caído en sus manos la biografía de Dom Mucio, monje cisterciense de la Trapa, tanto le impresionó la vida austera que se vivía allí, que no paró hasta hacer el cambio: saldría de los benedictinos negros, y pasaría a integrarse entre los “benedictinos blancos” o cistercienses, acudiendo a solicitar el ingreso en la Trapa. Pidió el ingreso, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que no pudieron admitirle a causa de su origen flamenco. Era condición indispensable que se hiciera súbdito francés y entonces podía realizar sus deseos. Así lo hizo. Salió de la Trapa y se encaminó a su casa para recoger todo el dinero necesario que le exigían en París para dar aquel paso.

Conviene destacar un hecho curioso. Cuando él salió de la Trapa, le acompañó un oficial militar que había estado probando en el noviciado, pero se volvía a su casa porque aquella vida no era para él. Se marchaba decepcionado y, además comenzó vomitar sandeces contra aquella vida que nadie le mandó que intentara abrazar. A otro aspirante menos firme en la fe, lo hubiera destrozado para siempre, pero Alcántara era joven, de ideas profundas, y precisamente su modo de ser estaba muy acorde con lo que el militar encontró superior a sus fuerzas.

Obtenido el cambio de origen, se presentó de nuevo en la Trapa y le abrieron de par en par las puertas, iniciando la nueva singladura de vida con un fervor que llamó la atención de los monjes más avezados a la ascesis monástica. Su formación se fue consolidando y siempre firme en su vocación, a pesar de los tiempos angustiosos que se cernían sobre Francia, a causa de la revolución, que tantos estragos ocasionó a la nación, y tantos ríos de sangre corrieron. Nuestro joven, al darse cuenta de la situación, encariñado con su vocación, trató de hacerla más fecunda para la Iglesia, al mismo tiempo que se dispuso para el martirio, posibilidad no muy lejana y que a otros les llegó sin remedio.



Él tuvo la suerte de caer en manos protectoras de Dom Agustín de Lestrangle, joven monje por entonces que le guió por caminos certeros de santidad. Como Dom Agustín tenía en proyecto salir de Francia para salvar la situación de la Orden, puso los ojos en el joven Gerásimo, y le llevó consigo a Valsanta, en Suiza, logrando salir del peligro amenazante. Allí, en una antigua cartuja, el Abad de la Trapa creó una nueva abadía cisterciense donde se concentraron todos los expulsados de monasterios franceses y expatriados, estableciendo unas normas de vida aún más rigurosas que las que se observaban en la Trapa.

El joven Alcántara sería el brazo derecho de Dom Agustín, pues éste le nombró para desempeñar los dos cargos más difíciles de la comunidad, prior y procurador. Ambos los desempeñó con sacrificio y edificación de todos.

Resultó que la austeridad de vida establecida en Valsanta, lejos de amedrentar a los jóvenes que llegaban a sus puertas, les atraía con más fuerza, llegando a formarse una comunidad tan numerosa que apenas cabían sus miembros en el monasterio, surgiendo la idea de llevar a cabo alguna nueva fundación, a poder ser en el extranjero.

Pusieron los ojos en España, y recordando Lestrangle cierta ayuda económica que consiguió por mediación de la abadesa de las Calatravas de Burgos, doña Ignacia María de la Torre, decidió enviar a España a Fray Gerásimo, junto con un diácono francés, fray Juan Coanus, monje de Sept Fons (Siete Fuentes), dirigiéndose ambos a Madrid con ánimo de conseguir un monasterio por el importe recabado de la abadesa de las Calatravas. Los dos monjes expedicionarios salían de la abadía de Valsanta el 10 de abril de 1793, portando una carta de presentación para el Rey Carlos IV, recomendándole a los dos monjes. Así lo hicieron 4 de julio de ese mismo año.

En Madrid les esperaba la protección de Fray Bernabé Torre, abad del monasterio de Santa Ana, de la Congregación de Castilla, quien les consiguió una audiencia con el Rey, no

sin antes recomendarle la santidad que distinguía a los monjes de la Trapa, sus hermanos de hábito y de que eran ejemplo aquellos dos monjes, que a su paso por los distintos monasterios de España habían suscitado torrentes de simpatía y veneración hacia la congregación francesa perseguida.

En la exposición presentada al rey se detallaban los pormenores de lo que venían buscando al poner los ojos en España. Se les escuchó ampliamente, se tomó nota de las condiciones que debía reunir el lugar elegido para una nueva fundación, y el 17 de julio del mismo año ya se dictaron órdenes para que los priores y vicarios de las Órdenes Militares de España que conocieran un lugar adecuado y que reuniera las condiciones que Fray Gerásimo venía buscando para establecer una fundación de trapenses, se pusieran a su disposición, porque “se entiende que será de gran prestigio para la Monarquía”.

La carta, enviada a los distintos prioratos de las órdenes militares, obtuvo una respuesta similar a la de los convidados al banquete de bodas de que habla el Evangelio: cada uno de ellos se disculpó como pudo, y sólo alguno de ellos ofrecía lugares imposibles aceptar, porque en ellos no podría vivir una comunidad. Hasta llegó un momento en que Carlos IV llegó a revocar la autorización dada en un principio, ante las dificultades que surgían por doquier.

Entretanto, Dom Agustín de Lestrangle, fiado en las bellas perspectivas que se le abrieron a Fray Gerásimo en su primera visita al rey, se apresuró a enviar más de una docena de monjes para integrar la primera comunidad española. Salieron de la Valsanta el 2 de febrero de 1794, llevando como único equipaje unas reliquias de san Bernardo y san Malaquías, sin apenas nada de dinero, por carecer de él. Se supone las penalidades que suponía esta aventura. Pensaban que mientras llegaban y no a España, se verían coronados todos los proyectos que se venían tramitando. Fray Gerásimo seguía sin descanso en la capital de la nación, buscando por todos los medios el lugar adecuado para implantar en él la austera regla de la trapa. Logró reiterar las negociaciones burocráticas ante la Corte, apoyado en el ascendiente que ante el Monarca tenía el padre Bernabé Torre, abad de Santa Ana, ordenando al grupo expedicionario, que se hallaba en Reus, dirigirse a Poblet, porque la situación seguía estacionada.

Seguidamente, Dom Gregorio Álvarez, abad de Leyre y Vicario General de la Congregación de Aragón, cumpliendo una promesa hecha al padre Gerásimo en 1793 sobre facilitarle un priorato filial del monasterio de Scarpe, se compadeció de los monjes errantes. Se trataba del priorato de Santa Susana, tierra que pudiéramos llamar prometida para Fray Gerásimo, porque iba a ser la que inmortalizaría su nombre. En la consecución de este lugar tomó parte un monje destacado de la Congregación de Aragón, Fray Juan de Sada, el gran enamorado de Rancé y de su doctrina, por haberla traducido al español.

Obtenida la facultad real para establecerse en España, antes de salir de Madrid, Fray Gerásimo recibió el 15 de marzo de 1796 la bendición abacial en la iglesia de San Francisco el Grande de manos del arzobispo de Zaragoza, Fray Joaquín Compañy, que se hallaba en la capital; actuaron de asistentes Dom Casimiro Rochel, abad benedictino de San Martín, y Dom Baltasar Fernández, abad cisterciense del monasterio de Santa Ana.

Seguidamente Fray Gerásimo se encaminó a su monasterio, echando los cimientos de la nueva abadía, trabajando en ella todo lo indecible, siendo verdadero padre para sus monjes, que se aumentaban cada día, llegando a formar una comunidad respetable, con la cual fue construyendo todo el monasterio con sus lugares regulares.

¡Cuán lejos estaban todos de pensar que a los pocos años de acabar la construcción del monasterio, Dios le iba a llamar para darle el premio de sus trabajos! En el año 1804 comenzó a dar muestras claras de decaimiento físico, hasta el punto de que en el mes de septiembre el diagnóstico dado sobre su estado no podía ser más fatídico. Así fue, el 26 de octubre pidió que no se le dilatase más el consuelo de verse puesto en tierra sobre la paja y ceniza, según costumbre antigua de la Orden, observada con los moribundos. Tres días permaneció acostado en la paja, pero debido a un grave accidente que padeció, se vieron en la precisión de llevarle a su lecho, donde el 1º de noviembre, fiesta de Todos los Santos, entregaba su alma a Dios, envuelto en una paz indecible propia del justo que toda su vida ha pasado sirviendo a un Señor, que tiene reservados grandes delicias para todo aquellos que lo han dejado todo por servirle.

Él podía ya cantar victoria, pero sus hijos quedaron consternados de perder un padre como aquel. ¡Cuán lejos estaba también él de pensar que la Trapa de Santa Susana, su obra predilecta, fruto de tantos esfuerzos, desaparecería en 1835, aventada por las corrientes malsanas que vomitó la desamortización contra los monasterios de España.

Varios han sido los autores que se han encargado hasta ahora de describir lo que en el manuscrito que nos ocupa se contiene. Baste citar a Elpidio de Mier, en su obra “Los Trapenses Españoles” (Madrid 1912); a José M^a Bereciartúa Olarra, en sus artículos en Cistercium sobre “Los primeros trapenses en el Císter español” (VIII/1956/263-267), y “Un gran Monge: Dom Gerásimo de Alcántara” (IX/1957/61-68); el excelente libro de F. Ximénez de Sandoval, “La comunidad errante” (Madrid 1959). También quedan en el archivo de La Oliva unos cuadernos manuscritos de otros monjes de Santa Susana que recopilaron sus memorias.

Ante lo que el lector va a descubrir por sí mismo sólo nos queda manifestar nuestro más profundo respeto y admiración con las mismas palabras del Salmo 101 estampadas en la segunda página del manuscrito: “Escríbanse estas cosas para la generación futura, y el pueblo que será creado alabaré al Señor”.

Francisco R. de Pascual, oco
Santa M^a de Viaceli, Pascua de 2014.

